

## Valentín García Yebra: *In memoriam*

La dialectología, la gramática, el estudio de las palabras, los galicismos, el buen y mal uso de la lengua española, fueron áreas del ámbito lingüístico por las que don Valentín sintió siempre notable interés, ninguna de ellas le fue ajena, y quizá por ello han sido todas facetas muy destacadas de su obra. La otra faceta de su bio-bibliografía, tan importante como la anterior, si no más, dada su repercusión nacional e internacional, fue la relativa al mundo de la traducción, en el que García Yebra ha sido un auténtico pionero, en los dos sentidos en que el diccionario de la Academia define este término.

Había nacido en 1917 en un pequeño pueblo de El Bierzo, Lombillo de los Barrios, «un chiquillo revoltoso —recuerda un vecino—, aunque no más que los otros..., siempre andaba a la pelea con el hijo del sacristán... Tenía, eso sí —añade el vecino—, una cabeza muy buena: decía el maestro que era una lástima que no hiciera una carrera en vez de irse al convento...» Porque, efectivamente, como a tantos otros niños de la época, y quizá por esas conexiones suyas con el hijo del sacristán, al pequeño Valentín lo mandaron a los 11 años al colegio-seminario de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Espino que los PP. Redentoristas tenían en Burgos. Allí cursó humanidades, y volvió a Astorga para seguir estudiando Filosofía, y luego Teología... Y llegó la guerra civil cuando el joven Valentín tenía 19 años, y pasaron tres años en Astorga entre soldados, campos de tiro y labores sanitarias. Y cuando terminó la guerra, «vine a Madrid —comentó en una entrevista— a finales de 1939, recién licenciado del ejército... Como no tenía medios económicos para vivir en Madrid, me dediqué a buscar trabajo, y me dejé explotar durante unos meses en un colegio o academia de cuyo nombre no quiero acordarme. Durante el verano..., compré en la Cuesta de Moyano, por cinco pesetas, un ejemplar de una edición latina de las tragedias de Séneca... No sé por qué me llamó la atención una de las tragedias, Medea..., me puse a leerla y sentí ganas de traducirla... Como, aparte de dos o tres horas de clase, no tenía nada que hacer, dediqué un par de meses a la traducción, de la que no quedé descontento. Como necesitaba dinero, pensé que podría ganar alguno publicándola. Y le llevé el manuscrito (no tenía máquina de escribir) a un librero-editor. Dijo que me daría la contestación ocho días después. Volví a los ocho días, seguro de que la habría aceptado, pero echó sobre el mostrador el sobre que la contenía y me dijo casi despectivamente: “Me han dicho que la traducción es buena; pero esto no tiene ningún interés”. Salí de allí medio avergonzado. Y estuve a punto de rasgar el sobre con las cuartillas. Afortunadamente lo guardé. Esto fue en el verano de 1940».

Ante tamaña respuesta de un editor, cualquier otro no habría vuelto a intentar traducción alguna. Pero Valentín, entonces con 23 años, guardó aquella primera traducción en un cajón y siguió traduciendo, sobre todo del alemán. Su primera versión publicada fue *El velo de la Verónica*, de Gertrud von Le Fort, en 1944. Ese mismo año terminaba en la Universidad Complutense su Licenciatura en Filología Clásica. Tenía 27 años. Doce días antes de licenciarse se embarcó, junto con otros socios, en la entonces arriesgada empresa de fundar la Editorial Gredos, sin duda la más prestigiosa en tratados lingüísticos y literarios de todo el ámbito hispano e hispanoamericano.

Y seguía traduciendo. Nunca literatura de evasión: siempre y en todos los casos,

literatura de pensamiento, ensayos sobre lingüística, crítica literaria, filosofía o teoría del Estado. En 1955 publicó en Gredos cinco pequeños volúmenes con la traducción (desde el francés) de la obra del canónigo belga Charles Moeller *Literatura del siglo XX y cristianismo*, un extenso estudio de casi treinta autores contemporáneos, desde Huxley, Unamuno y Malraux a André Gide, Kafka o Simone de Beauvoir, una traducción que contó con amplia repercusión entre la intelectualidad de la época. La sorpresa llegó nueve años después, cuando en 1964 el Ministerio belga de Educación y Cultura concedió a García Yebra el primer premio anual de Traducción, precisamente por esa versión de Charles Moeller. Aquel premio, tan inesperado pero tan importante, puso a García Yebra en el centro de atención de los círculos intelectuales del país: no era nada frecuente, más bien inusitado, que a un español de la época se le distinguiera con un galardón extranjero.

Por esos mismos años don Valentín defiende su tesis doctoral en Filología Clásica, publica su primer libro propio sobre *La figura de Eneas en Homero*, colabora en numerosas revistas, entre ellas *Arbor*, de la que también fue redactor, oposita y obtiene cátedra de Instituto de Enseñanza Media, y culmina el decenio, 1970, con la edición en Gredos de su traducción de la *Metafísica* de Aristóteles, una versión que al año siguiente le mereció el primer premio ‘Ibáñez Martín’ del CSIC, y a la que en 1974 siguió la *Poética* del mismo autor. Por esas fechas fundaba también en la Univ. Complutense, junto con don Emilio Lorenzo, el Instituto de Lenguas Modernas y Traductores, uno de los escasísimos lugares en los que por entonces podía estudiarse la traducción, recibir clases teóricas y prácticas, y conocer la experiencia directa de los mejores traductores.

Con todo ese bagaje traductor (para entonces ya llevaba más de 20 traducciones publicadas), García Yebra comenzó a poner por escrito sus reflexiones sobre la actividad que le venía ocupando desde hacía treinta años. Era más bien raro que un traductor reflexionara sobre su propia actividad. Todo lo que hasta entonces, a lo largo de toda la historia de España, habían escrito los traductores sobre la tarea que les ocupaba cabía en un pequeño rimerero de cuartillas. Eso y así, hasta 1982, cuando García Yebra publica dos volúmenes de casi 900 páginas con el título de *Teoría y práctica de la traducción*, que al punto se establecieron como el ‘canon’ teórico-práctico de la actividad traductora, tan citado, tan solicitado en todo el mundo de habla hispana que tan sólo dos años después ya hubo que sacar de imprenta una segunda edición. Nunca nadie, en toda la historia de nuestra lengua, había escrito tanto sobre la traducción, sus problemas, sus dificultades, sus trampas saduceas, sus soluciones. Ese mismo 1982 la Real Academia Española le concedía por esa obra el premio ‘Nieto López’. En esa transmisión del fruto de su experiencia, al año siguiente, 1983, García Yebra publicaba otro libro de carácter misceláneo: *En torno a la traducción: Teoría, crítica, historia*.

A estas alturas a nadie le extrañará que pocos meses después, ya en 1984, don Valentín fuera elegido nuevo miembro de la Real Academia Española, a propuesta de Dámaso Alonso, Rafael Lapesa y Alfonso García Valdecasas. Ni tampoco cabe extrañarse de que el discurso de ingreso en la Academia lo hiciera sobre *Traducción y enriquecimiento de la lengua del traductor...*

La obra escrita de García Yebra es ciertamente importante, importante en sí misma e importante por su influencia, y ello tanto desde el punto de vista lingüístico como

desde el punto de vista traductor. No se ingresa en la Academia de la Lengua por un solo poema, una sola obra de teatro o una sola novela. O por una sola traducción. Don Valentín tradujo del latín, del griego, del alemán, del francés, del italiano, del inglés y del portugués. Pocos traductores pueden igualar hoy en día esa panoplia de lenguas de trabajo. Y escribió también mucho, y en muchos foros distintos, sobre ese arte y oficio, sobre su teoría y sobre su práctica. Todo lo cual le mereció en 1998 el Premio Nacional de Traducción por el conjunto de su obra. Tampoco desdeñó una muy amplia colaboración en la prensa diaria, con frecuencia en la ‘tercera’ de ABC. Y además de todo ello, llevó su saber lingüístico y traductor por todos los rincones del planeta. Te encontrabas con él en el aeropuerto de Barajas y lo mismo volvía de unas conferencias en Méjico que en Amberes o Quebec.

\*\*\*

Fui diez años rector de la Universidad de León, de 1990 al 2000. Durante ese largo decenio uno de mis primeras y mayores satisfacciones académicas fue la de haber propuesto a don Valentín García Yebra como Doctor *Honoris Causa* por nuestra Universidad, en la que con esa distinción le recibí en el claustro universitario de doctores el 16 de noviembre de 1990, junto con un reconocido lingüista, Emilio Alarcos, y un no menos reconocido crítico literario, Ricardo Gullón. Pocos meses después seguiría, también a instancias mías, el doctorado *honoris causa*, de Victoriano Crémer, y luego los de Ramón Carnicer, Antonio Pereira, Antonio Gamoneda y Eugenio de Nora. Con ello quise reconocer en su propia tierra la importante labor de toda una generación de escritores leoneses, toda una ‘vieja guardia’, que ha mantenido encendida, en ocasiones entre muchas dificultades, la antorcha de las letras, de la literatura, de los estudios humanísticos, y en el caso de García Yebra, de los Estudios de Traducción, en los que sin duda ha sido en este país un destacadísimo pionero, algo por lo que nunca le estaremos bastante agradecidos.

Don Valentín falleció en Madrid el 13 de diciembre de 2010. Nos queda toda esa obra suya. Y a quienes nos considerábamos sus amigos, también nos deja su recuerdo de maestro entrañable.

JULIO CÉSAR SANTOYO